

Teoría y práctica. En memoria de Ignacio Solá-Morales*

Joaquín Arnau Amo**

*La sabiduría de los arquitectos...
es hija de la fábrica y el raciocinio. (Vitruvio)*

Que la Arquitectura, ciencia de los arquitectos, es teórica y práctica está escrito en el capítulo primero del Primer Libro de Vitruvio. En el siglo primero antes de Cristo ya se supone, a la vista está, que el arquitecto es lo uno y lo otro: teórico y práctico. Se da por sentado que razona y edifica: que dice y hace. Veintiún siglos después, parece que seguimos en ello: haciendo y diciendo. Del que no hace, ni se habla. Pero del que hace se espera que diga: aunque poco. Por lo menos, que menos es más. O que más no es menos. Algo. Porque, si nada dice, ¿cómo bendeciremos sus obras con el carisma de las palabras? Sí: las imágenes cuentan: porque seducen. Pero ¿convencen? Pese al descrédito de las palabras y al incommensurable poder de las imágenes, todavía hoy las primeras, si son pocas y fetiches, hacen su papel. Porque, por paradoja, la muchedumbre de imágenes debilita su fuerza. Todo entra por los ojos: pero entran tantas cosas que vacilan. El imperio de la imagen es tan omnipresente que el titán hace agua por sus infinitos costados.

Obsérvese el arte y su cotización. Nunca hubo tanto y tan trasegado. Pero nunca tampoco se dijo tanto de él. Los consagrados fabrican sin cesar novedades que les sostienen en la cresta de la ola. Pero, sobre todo, no dejan de contárnoslo. Eso sí: con pocas palabras. Y confusas, a poder ser (que siempre puede ser). La imagen está en alza: de acuerdo. Por eso vale menos. Y la palabra en baja: por eso vale más. Y juega a la contra. Juega, en efecto, a oscurecer el mensaje visual que, por demasiado claro, de suyo sería anodino. Y lo embrolla: como sofisticado papel de regalo que envuelve (y sacraliza) una sublime banalidad.

El artífice moderno habla poco (y no siempre bien). Pero lo que dice reverbera en los media como lluvia atómica. Pues en lo que dice está la pista que nos habrá de conducir de la incertidumbre visual a la aceptación rendida. Y la magia que atribuimos a lo que vemos será debida, sin saberlo, a lo que oímos-leemos (a nuestro oído le llega más información del cerebro que de la calle: con lo que las cartas están ya abiertas). Nuestro entendi-

miento es mayordomo del oído y su dueño y señor. Como en las novelas de Wodehouse, el criado es más listo que el amo.

En el fondo y aunque se hable poco y mal, se teoriza como nunca. No más, pero más contundentemente. Menos es más, dejó dicho Mies de su arquitectura. Pero de lo que hablaba, quizá sin saberlo, era de su silencio y del embrujo que lo beatifica.

Se teoriza como nunca, he dicho. Pero no a propósito de lo hecho, ni previo a lo que se hará: sino como medio de lo que se está haciendo. La teoría se hace mediática y asume competencias de distribuidora. Se mercantiliza y confunde con la promoción y con la pro-paganda: es publicidad pura y dura. Ni se aplica al producto (crítica), ni se implica en él (poética): antes se complica con él (mediática) y es su cómplice. La teoría vende (y se vende, como consecuencia). ¿Puede uno vender sin venderse?

El mercado no es nuevo: pero lo son algunas de sus insidias. Y en todo caso lo es la teoría que se ciñe a un producto singular, abdicando de sus atributos propios. La teoría que sostiene una arquitectura y no la arquitectura está emponzoñada: no es teoría de buena ley. Y así suelen serlo las que, a la sazón, nos cuentan las virtudes de este o aquel edificio, proyectado, en ejecución o recientemente inaugurado. La voz del autor o de sus corifeos, si es astuto, airea las supuestas esencias de la novedad, erigida o en curso, y nos persuade a sus razones. Es un montaje. Pero los edificios son como los amores: obras... y no buenas razones. Y entonces, una de dos: o las razones huelgan y son, si las hay, glosas y disquisiciones ajenas (como los libros sobre La Alhambra o El Escorial), o no convencen. El arquitecto se asemeja al político: convence sólo cuando vence. Si vence, nos ha convencido. Si no, por mucho que diga, no nos convencerá. ¿O sí? Cuando la arquitectura gozaba de buena salud, los arquitectos convencían venciendo. Ahora no: ahora nos vencen, con la administración de por medio, convenciéndonos.

Con aluviones de imágenes (virtuales si es menester) y contadas palabras: pero convenciéndonos. O convenciendo a esa mayoría suficiente que acredita el sello de la popularidad. ¿Quién ha dicho que la palabra está de capa caída? Ciertamente se siente literalmente obscena y, como tal, se esconde entre bastidores y se prodiga apenas. Pero, así y todo, torpe y tartamuda,

*La redacción de Loggia publica este homenaje póstumo a Ignacio Solá-Morales, amigo y colaborador de la revista.

**Joaquín Arnau Amo es arquitecto y catedrático del Departamento de Composición Arquitectónica de la Universidad Politécnica de Valencia

grosera y malformada, sigue dando en el clavo. Y pone ese punto de sujeción ideológica, de pseudo-teoría, que la arrogante intelectualidad reclama para su rendición.

Una sola palabra y todos (¿o es la elite?) vibramos de entusiasmo. Porque las ventas, las de arte al menos, se registran en dos contadores: el de los analfabetos estéticos, que son más que los otros y que abren los ojos, callan y esperan a oír, y el de los presuntos entendidos, que ven no del todo, oyen lo que hay que oír y dicen lo que oyen. Sus ecos son oráculos. Pero ¿qué dice? dicen los unos. ¿Es que no lo ves? responden los otros. Lo que dicho no se entiende confirma así lo que visto no se ve: que un misterio es firme si lo corrobora otro misterio de distinto género.

¿Qué queda entonces del arquitecto teórico y práctico, que razona y fabrica? Le creeríamos si razonara, como Boullée, o como Sant'Elia, para un futuro sin fecha: un futuro que, como el de Orwell, llega cuando llega y acaba pasando. Y le creemos (si lo encontramos, como Diógenes, a la luz de un candil y en la plaza pública) cuando fabrica y calla. Pero ¿no habrá manera de contentar a Vitruvio, reconciliando al uno con el otro? ¿Es que no se puede dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios?

Se puede: pero no es fácil. El arquitecto afortunado no tiene tiempo para elucubrar. Me pregunto cómo puede crear espacio aquel que no dispone de tiempo. Pues creo firmemente en la identidad de tiempo y espacio y que sin lo uno no se da lo otro. Pero otros dicen que a algunos la musa les visita. Si ésta es época de museos (y a la vista están), no es raro que lo sea de musas.

Y lo que se suele es que el otro, el que elucubra, profesionalmente (pues a la práctica se la otorga dignidad de profesión) no se coma una rosca. Es sorprendente de paso que la profesión, siéndole de fe (pues eso es lo que por encima de todo se profesa) se predique del práctico y no del teórico. Pero es así: por profesionales se tiene a los que hacen, rara vez a los que dicen.

Todo esto, rezaba un antiguo catecismo, dicho y hecho con devoción. Pues bien: quizás es posible decir-de y hacer arquitectura con devoción y bajo ciertas condiciones. Y es el caso, a mi parecer, de la figura a la cual dedico este artículo: la de Ignasi Solá-Morales.

Genio y figura, dice el refrán, hasta la sepultura. Mentira: la figura va más allá de la sepultura. Es más: a partir de ella, toma cuerpo, crece y se agiganta si es el caso. Y es entonces, cuando los mortales encaramos la inmortalidad, el momento de hacer balance, desde la teoría ¿puede hacerse de otro modo?, de teoría y práctica, de lo dicho y hecho.

Pues bien: llama la atención, en la figura que admiramos, una desusada coherencia de pensamiento, palabra y obra. Que el pensamiento sea libre: habiendo obra de por medio. Y que la obra sea honrada: rondándola el pensamiento los alrededores. ¿Cómo pudo el arquitecto y catedrático de composición hacer lo que hizo como si nada hubiese dicho y decir lo que decía, de palabra y por escrito, como el que no ha roto un plato (o un ladrillo, que tanto da)? ¿Cuál es el secreto de un juego limpio y a dos barajas, sin trampa ni cartón?

Solá-Morales, reconstructor del Pabellón de Mies en Barcelona, como las necrológicas han subrayado, desoye el menos es más del maestro y reedifica lo que aquél en su día, año 29, edificó. Si menos es más, lo estricto hubiera sido dejarlo reposar en el recuerdo de unas pocas y no buenas estampas de la efeméride. Pero el catedrático contraría la consigna, rehace lo hecho donde se hizo y nos regala un glorioso anacronismo, para que gocemos de él y de su gozosa mentira. Porque más no es menos.

Y el mismo Solá-Morales, edificador del Nuevo Gran Liceo, la otra referencia de las susodichas necrológicas, contradice y simplifica asimismo sus postulados de indeficiente modernidad, incluidos el tardo y el pos, vence las tentaciones de la complejidad y de la contradicción, que le autorizarían a fabricar su liceo (más no es menos) y se atiene a las reglas de todos aquellos que son adictos a ellas: políticos, burgueses, operómanos, adinerados. Desaparece entre bastidores, donde hace de las suyas, por supuesto. Y decide, ahora sí, que menos es más.

Las necrológicas, a mi juicio, no se equivocan. Esas son glorias del arquitecto catedrático. Ambas restauradoras y rehabilitadoras: más aún, reedificadoras de algo que hubo y el fuego fortuito o la gestión pública hicieron desaparecer. Ejercicios de historia bien documentada y recuperación de bienes ausentes que la arquitectura re-presenta literalmente.

Son casos distintos y aun opuestos. El moderno Pabellón fue flor de un día: se hallaba lejos, por perdido, pero cerca, por haber sido vanguardia. El antiguo Liceo es de ayer: estaba cerca, pues se conservaba hasta que se quemó, pero lejos, por sus románticas connotaciones. Pero el caso es que, en ambos, una historia que no ha cesado es la causa y la razón del encargo. Me temo (porque pocos son los que se conforman) que es esa peculiar obra de arquitectura, a la vez anónima y crítica, despreñada y comprometida, modesta y heroica, la que consintió a Ignacio Solá-Morales templar la teoría con la práctica (y ésta con aquélla) dando cuenta de una y otra en un juego dialéctico de gran vuelo y mínima ostentación. Vista así, la arquitectura es sin desdoro teórica y práctica. Y a mucha honra: incluida la que de ello le cabe al arquitecto.

